

¿Transición de Castro a Castro?: ensayando el futuro*

Susanne Gratius

Investigadora, programa de Paz y Seguridad, FRIDE

“Ochenta años son demasiados años para seguir cumpliendo funciones de Estado”, había dicho Fidel Castro en una charla con su amigo Tomás Borge¹. Dos semanas antes de cumplir 80 años, Fidel entregó el poder a un selecto grupo liderado por su hermano Raúl. Pareció haber llegado el gran momento de los transitólogos cubanos: el posfidelismo. Pero nuevamente se equivocaron todos los futurólogos, cuando sólo unos días después de la intervención quirúrgica, el Comandante resucitó y charló largamente con su hijo ideológico Hugo Chávez. En un comunicado más reciente, Fidel afirmó que se está recuperando y que “el momento más crítico quedó atrás”². Aún así, la entrega temporal de sus funciones por motivos de salud marca el principio del fin de Fidel como líder omnipotente del país. Todo indica una sucesión de Castro a Castro que podría dar comienzo a una transición gradual hacia otro tipo de régimen.

Después de Fidel, las instituciones

Salvando las distancias, el lema del franquismo, “después de Franco, las instituciones”, podría aplicarse al castrismo. A diferencia de Fidel, Raúl Castro no es un líder carismático, sino más bien un fiel soldado de dos instituciones claves del régimen cubano: las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y el Partido Comunista de Cuba (PCC). Si las FAR son el factor dominante en la economía cubana, el PCC es el garante ideológico de la Revolución. Raúl Castro parece tener un claro liderazgo en las FAR que se considera como la institución más consolidada y fuerte en la Cuba actual. Más dudoso es su posición en el PCC, en el cual ingresó en su juventud.

Antes de enfermar Fidel Castro, ya había señales de que la cúpula política se estaba preparando para un futuro político sin el máximo líder de la Revolución. Un mes antes de su entrega de poder, durante el V Pleno del Comité Central del PCC, Fidel hizo un llamamiento para fortalecer el poder del Partido para garantizar la continuidad del proceso político cubano. En su discurso del 14 de junio, Raúl dijo que “únicamente el Partido Comunista, como institución que agrupa la vanguardia revolucionaria y garantía segura de la unidad de los cubanos en todos los tiempos, puede ser el digno hereditario de la confianza depositada por el pueblo en su líder”. Leyéndolo a posteriori, fue algo así como el anuncio de la era pos Fidel.

Si no caben muchas dudas en cuanto al papel predominante de las FAR, la constelación de poder entre las demás instituciones es mucho menos clara. Aunque la Constitución lo define como “fuerza dirigente superior de la sociedad y del Estado” (art. 50), el PCC siempre ha sido subordinado al liderazgo personal de Fidel Castro. Muestra de ello han sido las estructuras paralelas de poder que creaba el Comandante desde los inicios de la Revolución: primero el “gobierno de sombra integrado por él y Che Guevara” y después el denominado Equipo de Coordinación y Apoyo al Comandante que actúa al margen o por encima del PCC. Otra señal de su debilidad es la escasa afiliación al PCC y el hecho de que su último Congreso se celebró hace casi diez años.

* Una versión más corta de este artículo ha sido publicada en *El Correo Digital*, 15 de septiembre de 2006.

http://www.elcorreodigital.com/vizcaya/edicion/prensa/noticias/Articulos_OPI_VIZ/200609/15/VIZ-OPI-210.html

¹ Tomás Borge, “Un grano de maíz. Conversación con Fidel Castro”, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1992.

² *Diario Granma*, edición nacional, La Habana, 5 de septiembre de 2006.

Aparte de las FAR, el poder clave en Cuba no es el PCC sino el ejecutivo. En su mensaje al pueblo cubano, Fidel traspasó el poder a siete personas que pertenecen al máximo órgano de gobierno: el Consejo de Estado. Llama la atención que este círculo de poder no incluye a ninguna mujer y que, salvo Carlos Lage y Felipe Pérez Roque, todas ellas son personajes históricos de la Revolución o pertenecen al grupo de los duros. También llama la atención que la lista no incluye ningún representante del máximo órgano de Estado: la Asamblea Nacional del Poder Nacional (ANPP). El gran ausente es su Presidente, Ricardo Alarcón. Esta omisión no parece casual, puesto que el Parlamento cubano es la única institución que dispone de una cierta autonomía o al menos ocupa un rol aparte dentro del régimen cubano.

La Constitución no establece una clara jerarquía institucional. Según su artículo 95, la máxima autoridad de gobierno es el Consejo de Estado. Como órganos subordinados están mencionados el Consejo de Ministros y la ANPP. Pero por otra parte, tanto los miembros del Consejo de Ministros como del Consejo de Estado rinden cuentas a la ANPP y son controlados por el Parlamento. Teniendo en cuenta que la ANPP tendría que confirmar Raúl Castro en su nuevo cargo, esta constelación ambigua podría crear problemas en el futuro. Además, Ricardo Alarcón tiene un peso político propio: es considerado el número tres del régimen cubano y sin duda el mejor conocedor de EE.UU., sin duda, un factor clave para el futuro de Cuba.

Estas incertidumbres institucionales y las rivalidades existentes entre los dirigentes cubanos, pueden dar lugar a una lucha de poder interno del régimen, una vez que desaparezca o se debilite el liderazgo de Fidel. Una posible señal de esto es el reciente nombramiento de Ramiro Valdés Menéndez³ –considerado como uno de los rivales de Raúl– como Ministro de Informática y Comunicaciones. Por otra parte, el hermano de Castro no tiene afán de protagonismo. En una reciente entrevista, Raúl confiesa que “siempre he sido discreto (...) y aclaro que pienso seguir así”⁴. Por todo ello, cabe esperar que el máximo líder de la Revolución cubana será sustituido por un gobierno colectivo y no por una mera sucesión de Castro a Castro en el poder. Esta situación plantea una serie de incertidumbres con respecto al papel de Raúl Castro, la unidad y la duración de un régimen de este tipo en Cuba.

¿Todo atado, bien atado?

Aunque ambos casos son muy distintos, a primera vista hay algunos elementos en común entre el fin del franquismo y del fidelismo. Igual que Francisco Franco, Fidel Castro dejó temporalmente el poder por cuestiones de salud. Igual que en la España de los años setenta, es altamente probable que la renovación política en Cuba sea el resultado de la “solución biológica”. Igual que en España después de la muerte del dictador, el cambio político en Cuba transcurrirá desde arriba y no desde abajo. Igual en la España de aquel entonces, el escenario político más probable en Cuba no es la transición sino la sucesión prescrita por la Constitución⁵. En este sentido, igual que Franco, Fidel quiere dejar “todo atado, bien atado”.

Pero allí acaban las semejanzas y empiezan las diferencias. Una de ellas es el hecho de que el sucesor de Fidel no es el Rey, sino su hermano Raúl. Y diferente a España, en el caso cubano no queda nada claro que la sucesión desembocará en una transición hacia la democracia representativa y la economía de mercado. Por dos razones. Un factor es la sucesión familiar. Aunque Fidel dijo de su hermano que “sus méritos y el lugar que él ocupa en la Revolución no tienen nada que ver con el nexo familiar”⁶, su nombramiento como sucesor es, sin duda, un ejemplo de nepotismo. Por tanto y siguiendo la trayectoria política de los últimos 47 años, es

³ Líder histórico de la Revolución y fundador de los servicios de inteligencia y seguridad interior.

⁴ *Diario Granma*, edición nacional, La Habana, 23 de agosto de 2006.

⁵ Según el artículo 94 de la Constitución cubana, “En caso de ausencia, enfermedad o muerte del Presidente del Consejo de Estado lo sustituye en sus funciones el Primer Vicepresidente” (Raúl Castro).

⁶ Tomás Borge, op.cit., p. 223.

poco probable que Raúl Castro sea ni siquiera un Carlos Arias y mucho menos un Gorbachov cubano.

Aparte del nexo familiar, es importante subrayar los diferentes contextos regionales. Si la perspectiva de integrarse en una Comunidad Europea democrática y próspera fue un aliciente para la transición democrática en España, en Cuba hay tres importantes factores externos adversos a un escenario similar: la política hostil de EE.UU., destinada a restablecer el estatus quo ante, el auge de gobiernos de tinte izquierdista (de corte populista y socialdemócrata) en América Latina y los escasos incentivos que ofrece la UE.

Contexto adverso a una transición

El mejor aliado de Raúl y la cúpula política que dirigirá el destino del país después de Fidel, es la política injerencista de EE.UU. que, en el fondo, refleja la extraterritorialización de un conflicto interno cubano entre régimen y oposición. Independientemente de la hipótesis del disidente oficial Eloy Gutiérrez Menoyo de que el 90% de los cubanos quiere reformas políticas y económicas, en la medida en que EE.UU. no cambia su política hostil, la baza de nacionalismo e independencia seguirá funcionando. En una reciente entrevista, dejando la puerta medio abierta a una normalización de las relaciones con EE.UU., Raúl Castro advirtió, no obstante, que “con imposiciones y amenazas no es posible conseguir nada en Cuba”⁷.

El mantenimiento de las sanciones, el nombramiento del Coordinador de la Transición en Cuba y de un Director de la CIA para Cuba y Venezuela, junto con el diseño de un mapa de transición en Washington son los mejores argumentos para continuar con la Revolución castrista sin Fidel. Además, la Ley Helms-Burton, aprobada en 1996, rechaza explícitamente una sucesión al decir que EE.UU. no aceptará un gobierno cubano que incluye a Raúl Castro. Esta política contribuye a la hipótesis de cambios desde dentro en vez de una transición a la democracia representativa y la restauración de la economía de mercado.

A la política de Washington se puede sumar el nuevo contexto latinoamericano poco favorable a un modelo que en la mayoría de los países de la región no ha sido el garante de estabilidad y prosperidad. En el actual mapa político latinoamericano se reconocen los méritos nada despreciables en materia de educación y salud de la Revolución cubana que contrastan con altos niveles de desigualdad y los bajos niveles de educación en el resto de países. Este panorama y la alianza política y económica entre Cuba y Venezuela son argumentos en contra de una rápida transición a la democracia liberal en la isla.

Apuesta por una política europea de compromiso

Al ser el principal socio económico de Cuba, la UE es un importante actor externo en el tramado cubano. Es importante subrayar que, pese a las diferencias nacionales, la UE aplica otra política que Washington. Al contrario que EE.UU., la UE rechaza una intromisión en asuntos internos y prefiere una transición gradual y pacífica desde el actual régimen político. En julio, el Consejo de la UE anunció una estrategia a medio y largo plazo para Cuba. Es una buena ocasión para revisar la política actual y crear incentivos para que la futura sucesión sea el inicio de un paulatino proceso de apertura.

El estancamiento político en Cuba y en sus relaciones con la UE comprueba que el condicionamiento especial de la Posición Común y la presión diplomática no sirven para abrir el régimen autoritario sino para atrincherarlo más. Al no ser respetada por sus Estados miembros y ante su efecto de encierro político en La Habana, cabe constatar que la cláusula democrática no ha sido un instrumento eficaz para negociar con Cuba.

⁷ *Diario Granma*, edición nacional, La Habana, 23 de agosto de 2006.

En vez del compromiso condicionado, la UE debería optar por una política de compromiso constructivo. Esto significaría la firma de un acuerdo de cooperación y/o la inclusión de Cuba en el proceso de pos Cotonou; la apertura de un diálogo político regular y la plena reinserción de Cuba en los foros europeo-latinoamericanos; así como el restablecimiento y sustancial aumento de la ayuda oficial al desarrollo. Por su propia experiencia política y su cercanía a Cuba, depende en gran parte de España si la UE sabe aplicar los instrumentos adecuados para preparar una apertura política y económica en Cuba que respete los fundamentos sociales y la soberanía nacional del país.

Las ideas expresadas por los autores en los documentos difundidos en la página web no reflejan necesariamente las opiniones de FRIDE. Si tiene algún comentario sobre el artículo o alguna sugerencia, puede ponerse en contacto con nosotros en comments@fride.org

Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior

C/ Felipe IV, 9 - 1º dcha. 28014 MADRID. Tel. +34 91 522 25 12 Fax +34 91 522 73 01 e-mail: fride@fride.org
www.fride.org